

1931

TRES DIAS DE ABRIL

FERNANDO DIAZ-PLAJA

EN fútbol, Zamora que está publicando sus «Memorias» en folletón de «ABC», habla hoy del partido con Italia. El Barcelona acaba de meterle nueve goles a cero a la Deportiva Cultural de San Benito. (Es el principio del Campeonato de España, cuando los modestos tienen oportunidad de jugar y perder, claro, con los famosos.) El Racing vence al Sevilla, a pesar de un estupendo portero que se llama Guillermo Eizaguirre.

AUNQUE la prensa está pendiente de los acontecimientos interiores queda algo de espacio para el extranjero. Para decirnos, por ejemplo, que «El conde Zepelin» llega a El Cairo y es recibido con tal cantidad de gente que tienen que dispersarla con mangas de riego. Después de una breve estancia, sujetando los cables trescientos cincuenta, entre soldados y marineros de las fuerzas británicas —todavía es inglés Egipto—, sale hacia el Sur.

EL 11 de abril ha presentado sus credenciales a Alfonso XIII, en nombre del Rey de Italia y de su Jefe de Gobierno, Benito Mussolini, el nuevo embajador de aquel país. Oportunidad se llama la figura.

JULIO Camba escribe desde Nueva York y describe los restaurantes automáticos, en los que

para comer basta depositar unos níqueles en la ranura correspondiente al plato. Vaticina el triunfo del automatismo en el mundo: «Tras las máquinas de lustrar botas seguirá la de recibir puntapiés para sustituir a los seres humanos que los recibían antes. Máquinas de aguantar insultos y protestas» («ABC», 14 de abril).

LAS elecciones tenían que llegar. Estaban en el aire desde la caída de Primo de Rivera, como necesidad absoluta de preguntarle al país lo que pensaba de una situación fluida, por qué camino quería que se emprendiesen los futuros pasos. Entre esa necesidad vivamente sentida y la precaución gubernamental se decide que esas elecciones sean a escala municipal. Si, como es posible, se demuestran enemigas del régimen, siempre serán menos peligrosas por tratarse sólo de concejales.

No sirvió de nada. Los españoles las consideraron desde el primer momento nacionales y altamente políticas. La prensa y la calle hablaron de ellas como si fueran las más importantes que ocurrirían en el país desde hacía muchos años.

LOS tiempos muy políticos no son tiempos muy imparciales. En los dos bandos hay gente que reparte voluntariamente las candi-

daturas, pero su aspecto es muy distinto según lo juzga un grupo u otro. He aquí la definición de la izquierda:

«Era de ver el contraste entre los repartidores de candidaturas. Los de los monárquicos eran, por lo regular, pobres desaharrados, matones de profesión, de aspecto de pobres diablos, cariacontecidos, sin fe, sin entusiasmo, sin vocación. Los que repartían las candidaturas de la Conjuración (republicano-socialista) irradiaban alegría. Eran jóvenes obreros y estudiantes, que gritaban a pleno pulmón..., henchidos de ideal, correctísimos, apuestos, sonrientes» («El Socialista», 15 de abril).

SE desojaban los periodistas siguiendo a los votantes de importancia literaria, política, económica. Un fotógrafo sorprende a Arniches y a Muñoz Seca a la puerta de un colegio electoral. Votarán a la Monarquía probablemente. Un reportero describe la entrada de Azorín —Vamos, algo así como un ciprés, por lo estilizado y por lo seco. Se desliza en silencio por el mármol del pavimento y entrega su candidatura, muy dobladita, al marista (un interventor de esa Orden). Entre los dos se cambia una mirada enigmática. Azorín no estremece un solo músculo de su cara. El marista, tampoco...— y la de los portadores de un apellido famoso: «... Allá

a la una y media aparecen don José Antonio y don Miguel Primo de Rivera. Llegan juntos hasta la urna y depositan su voto».

EN general, la votación es tranquila. Pequeños incidentes se plantean cuando quieren votar unos guardias de Seguridad de uniforme. Hay resistencia de los interventores de la coalición republicano-socialista, que si les permiten cumplir con ese deber hacen constar su protesta en acta.

DSSORIO y Gallardo admite: «El Gobierno, contra lo que muchos temíamos —confieso mi error—, ha respetado lealmente la libertad de los electores, y merece un aplauso que nadie le regateará».

TRAS enterarse de la última noticia política al «bar». Se escribe todavía entre comillas, y en él se bebe ya el «cocktail», donde se mezclan los ingredientes, igual que en la música moderna.

«(Si) el «jazz-band» mezcla instrumentos que se dan de puñetazos, este diablejo del «bar» se esfuerza en combinar en su infernal «coctelera» la bebida más artera que se pueda imaginar».

(«Blanco y Negro», 15 de abril.)



La Puerta del Sol, Madrid, la tarde en que se proclamó la República.

EN las carteleras cinematográficas, «El presidio», interpretada por Juan de Landa, dentro del programa de películas hechas en Hollywood en versión española, que aprovechaba de la inglesa guión, decorados y estudios, cambiando sólo a los actores. En busca del éxito y el dinero que esa innovación podría proporcionar han salido para América del Norte escritores como Martínez Sierra, Edgar Neville —que abandona su carrera diplomática por el celuloide—, López Rubio. Actores como Julio Peña, Rivelles, Catalina Bárcena, Pepe Nieto, Ana María Custodio... Y ese Juan de Landa que estramece a los espectadores gritando a los guardianes de la cárcel tras el motín: «No me dan miedo vuestras carabinas...».

CORRIDA en Barcelona. «Asisten muchos turistas extranjeros». A Domingo Ortega, la revelación del año, le coge un toro. De él dice Gregorio Corrochano: «Hoy, Ortega, más que un interés de torero, es acaloramiento de disputa... Para unos lo es todo. Para otros no es nada.»

Algo es algo, porque, según el mismo crítico, la fiesta está en decadencia. «El público se rige por impresiones de mayorías; sus movimientos son más instintivos que inteligentes... Sólo le divierte lo fácil, lo espectacular; es una afición frívola.»

(¡Y nosotros leyendo continuamente que toros y público los de antes!)

EUGENIO d'Ors, a quien el «Heraldo de Madrid» llama «el picassiano catalán», habla de «Mistral frente a Goethe».

... Asombra más otra conferencia dada también en la Ciudad Condal por un defensa del Barcelona que se llama Mas. Título: «Crítica y defensa del jugador de fútbol». Algunos párrafos: «Los jugadores que perciben sueldos crecidos, influenciados por la vida regalada y viciosa, se pervierten con gran facilidad y agotan sus energías en poco tiempo. Eso deben evitarlo los clubs procurando que sus horas libres, que son muchas, sean empleadas en cosas útiles y saludables.»

El mus y los paseos de las concentraciones, evidentemente, no existían entonces. En cuanto a los entrenadores, el jugador Mas no se prepara evidentemente el futuro al declarar que le parece equivocado encomendar esta misión a ex jugadores, «porque no cree en la eficacia de la enseñanza que un medio centro puede dar a un delantero o a un defensa, y mucho menos a un guardameta». («ABC», 12 de abril.)

SIGUE vigente su majestad el tango, oponiendo a la violencia del «jazz-band» la melancólica vi-

sión de lo que todo lo ha perdido y no le queda nada en qué crear. Resulta difícil encontrar algún pronóstico más pesimista que el de «yira..., yira...».

«Cuando estén secas las pilas de todos los timbres que vos apretas...»

... Aunque te quiebre la vida, aunque te muerda un dolor, no esperes nunca una ayuda, ni una mano, ni un favor.»

MADRID es ya una ciudad de funcionarios, una ciudad de cafés. Empieza a ser también una ciudad de Bancos, y a los empleados del Estado se unen los que con el mismo misero sueldo, pero sin las ventajas del escalafón, alternan la estancia ante los libros de contabilidad con las largas horas ante el velador y el café con media. De vez en cuando surge un empresario que por haberse educado en Inglaterra quiera insuflar aire serrano en los pulmones poco acostumbrados. Ocorre la tragedia: uno de los empleados que intentan una carrera a campo través cae desvanecido: «Me ahogo, me ahogo... aire.»

... El señor Olalla agitó un periódico fuertemente doblado ante la cara de Cardoso..., pero éste se retorció más e hipó como si fuera a morirse. Por fortuna, el señor Bufarull tuvo la feliz ocurrencia de arrojar al rostro de su viejo se-

cuaz grandes y frecuentes bocanadas de humo de la pipa en que se quemaba un asfixiante tabaco de Virginia. El efecto fue saludable; volvió a respirar el señor Cardoso, cesaron sus espasmos, reapareció en su cara el habitual color amarillo... El estaba habituado al aire de su oficina y de su café, un aire gordo y gris..., un aire con sabor, con olor, con color. ¿Lo respiraba o lo comía? Bueno, lo comía..., le era igual. El estaba habituado a extraer el oxígeno precioso de un medio no tan denso como el agua, pero mucho más que el aire de la sierra. Tenía un organismo acondicionado para ello.

La obra se titula «El malvado Carabel»; su autor, Wenceslao Fernández Flórez, gran defensor, gran denunciador, no por humorístico menos eficaz, de un proletariado poco mencionado en los periódicos socialistas, porque en vez de la alpargata lleva el zapato de suela remendada y una corbata más o menos deshilachada. Muchos años de colaboración con «ABC» han pintado un falso retrato de ese gran sarcástico de todas las instituciones hasta entonces intocables. La Monarquía, el Ejército, en «El secreto de Barba Azul»; la moral oficial, en «Relato inmoral» y en «Las siete columnas».

EMPIEZA la que se llamaría después literatura de evasión. Para Enrique Jardiel Poncela el libro tie-

ne que ser distinto a todo lo publicado hasta entonces; igual le ocurrirá con el teatro. Esta diferencia debe notarse desde el principio. En lugar del «Copyright», él pone «Five-o-clock tea by Enrique Jardiel Poncela». La dedicatoria es: «A mi mayor enemigo, Enrique Jardiel Poncela», y pasa luego a explicar el título del libro. «Pero, ¿hubo alguna vez once mil virgenes?». Explicando la duda, porque de haber habido tantas, alguna hubiese quedado...

La mayoría fue monárquica; la ... minoría, republicana. Pero esa minoría republicana copó las principales ciudades del país. Para el Comité Revolucionario, que se quiere llamar ya Gobierno provisional de la República, la cosa está clara; advierte en su manifiesto: «La votación de las capitales españolas y principales núcleos urbanos ha tenido el valor de un plebiscito favorable a la Monarquía y favorable a la República... a todos es forzoso someterse a la voluntad nacional, que en vano pretenderá desfigurarse con el silencio o el voto rural de los feudos».

Hay también, asombrosamente, en algunas personalidades del lado contrario como una liberación. Parece que en muchos casos ese voto ha dado a partidarios de la Monarquía una especie de justificación de su pesimismo emocional, que tenía que estar en contra de su optimismo oficial. Sólo así se explica la reacción del almirante Aznar, jefe del Gobierno, cuando le preguntan sobre la posibilidad de la crisis.



Comida que el matrimonio Rivelles-Ladrón de Guevara ofrece, en su residencia de Hollywood, a Catalina Bárcena, Salvador de Madariaga, Federico García Sanchiz, Ernesto Vilches, Gregorio Martínez Sierra, Benito y Carmen Perajo, López Rubio, José Crespo y Martino. Las invitaciones se turnan entre el grupo español, y en estas reuniones, sin duda, conspiran en favor del cine en castellano.

«¿Qué más crisis quieren ustedes que ésta de un país al que creíamos monárquico y que se nos presenta republicano en veinticuatro horas?».

Y Luis Araquistain creará que Romanones ha buscado ese camino: «Yo no puedo concebir que Romanones no previera que en este gran plebiscito las urnas iban a ser la caja de Pandora de la Monarquía. Lo sabía y lo quiso... ha

preferido que las urnas hayan dicho lo que él hubiera querido decir: "Señor, aquí todos estamos de más"». («El Socialista», 14 de abril.)

Lo cuentan luego el doctor Merañón, Alcalá Zamora, el conde de Romanones. Fue escena dramática, aunque llevada en tono de amistad y respeto por todos los

presentes en casa del primero. «No desmenecemos a España», le he pedido al conde —refiere Alcalá Zamora—. La solución es que el Rey renuncie y el Gobierno de Aznar nos entregue durante el día de hoy, pero de día, ¿eh?, de día, el poder. Esperar a la noche conduciría a aumentar la inquietud y a hacer más difícil el mantenimiento del orden».

El conde intentó la baza de un Gobierno puente, el de un Gobierno Villanueva para esperar a las elecciones a Cortes Constituyentes. Rechazado.

El ultimátum adquirirá luego un término más brillante en el recuerdo de los protagonistas. «El Rey tiene que salir de palacio antes de que se ponga el sol». El conde de Romanones lo recordará, más triste que complacido, cuando la ofensiva de la izquierda, con Prieto a la cabeza, termine con la Presidencia de Alcalá Zamora. «Ni siquiera le han dado ese plazo».



El equipo de España, que ha de jugar contra Italia el 19 de abril (de 1931), realiza un entrenamiento conjunto en San Mamés, Bilbao. De izquierda a derecha (de pie): «Chirri», Martí, L. Regueiro, Ciriaco, Zamora, Lafuente y Quincoces; (rodilla en tierra): Marculeta, «Bata», Roberto y Gorostiza. A la izquierda: el señor Mateos, seleccionador nacional, presencia el entrenamiento.

ROMANONES vuelve a palacio con la mala noticia, y un brujular de voluntades se agita por los anchos pasillos. Cortesanos vallinquescos se irritan contra el mediador. «Eres un traidor, Alvaro; un Judas!», le grita la marquesa de Viana. Cuando se vaya la Reina por la estación de El Escorial hay un hombre sentado en un banco. Está solo. Ha sido ministro en el primero y en el último Gobierno del reinado de Alfonso XIII, en 1902 y en 1931. Para la República es el monárquico, para la Corte es el traidor, el que ha pactado con los enemigos del régimen, el que ha

1931 TRES DIAS DE ABRIL

buscado una solución. Está solo. Pero cuando se trate de hablar en las Cortes Constituyentes para defender a Alfonso XIII estará también solo y lo hará en la medida de sus posibilidades. Una carta interesante sacará entonces de la manga, una carta hasta entonces desconocida. La del telegrama en que Primo de Rivera amenazaba tomar con la fuerza el poder ante las vacilaciones del monarca en septiembre de 1923; una carta que, según él, exculpa al Rey del mayor de sus errores, según los enemigos: la aceptación de un régimen de fuerza en olvido del solemne juramento de respetar la Constitución.

«**E**L acta de renuncia muestra las últimas vacilaciones del momento. «Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo. Mi conciencia me dice que ese desvío no será definitivo... Hallaría medios sobrados para mantener mis reglas prerrogativas... pero quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro...»

... Escribió después la fórmula que Romanones había propuesto al Comité Revolucionario, y éste rechaza: «Para conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva encargo a un Gobierno que la consulte convocando Cortes Constituyentes y, mientras habla la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del poder real...». Corrigió lo escrito. Tachó desde «encargo» hasta «y mientras habla», dejando así el poder sin condiciones... aunque también sin abdicar unos derechos, «porque más que míos son depósito acumulado por la Historia».

LA masa está en la calle y se precipita sobre los símbolos. Palacio Real... un grupo se pega a las paredes para subir una bandera republicana a una barandilla. Llegan unos «guardias cívicos» con un brazal rojo. Se dan las manos, gritan: «¡Atrás!», y la masa retrocede cinco metros que no intentarán recobrar. Nadie intenta el asalto.

ESCRIBE un testigo que estaba al otro lado de los muros: «Todas las personas reales se retiraron a sus habitaciones a la hora de siempre; doña Victoria durmió con sus dos hijas en la misma alcoba. Sólo ese detalle parece mencionarse como no habitual... Por lo demás, la calma fue la nota dominante en palacio. Nadie golpeó una ventana ni arrojó una piedra... Los servidores... estuvieron todos en sus puestos. Trajinaron con los armarios y los equipajes y nos atendieron con solicitud a cuantos estábamos allí. Por la mañana sirvieron el desayuno —fiambres y café con

Don Alfonso, Doña Victoria y sus hijos, en París



Don Alfonso, a su llegada a Marsella desde Cartagena, saliendo del taxi que le llevó desde el muelle de la Joliette al hotel de Noaille



La ex Reina Doña Victoria saliendo del hotel Maurice, donde se hospedó con sus hijos al llegar a París



Don Alfonso, poco después de su llegada a París, saliendo del hotel Maurice por la puerta de la calle de Mimi Thabor para evitar las manifestaciones del público



Los ex infantes de España encaminándose al hotel Maurice, después de dar un paseo por la capital



El público, ante la sala de espera de la estación de Lyon, esperando la llegada de Don Alfonso, que aparece detrás de la ventanilla

Diversos momentos de la llegada de don Alfonso XIII y doña Victoria a Marsella y París.

leche— con la misma ceremonia que siempre se ha usado... Como estaban encendidas todas las luces, los canarios estuvieron cantando durante toda la noche. La intranquilidad era por el Rey. Hasta las cuatro de la madrugada no supimos que había llegado a Cartagena». (Contado a Tomás Borrás, «ABC».)

EN otros lados la estupidez. Felipe II, como Rey, sufre por su lejano descendiente y es derribado de su pedestal de la plaza Mayor (del cual vuelve a estar ausente, por cierto). Isabel II sufre igual suerte y su busto es arrastrado por las calles hasta llevarla, con cierto humor negro, al convento de las Arrepentidas. Al teniente Ruiz, de la plaza del Rey; a don Alvaro de Bazán, en la de la Villa, se limitan a atarles el palo de una bandera republicana o roja.

LAS versiones varían ligeramente. Cada uno de los que intervinieron en las jornadas históricas procura colocarse en el primer lugar con seguridad, valor cívico, serenidad y dejar temblequeante y dudosos a los demás, pero, en conjunto, emerge una escena realmente curiosa. Un grupo de gente que no son nada oficialmente llega al Ministerio de la Gobernación de Madrid. Golpean la puerta cerrada. Inquieran desde dentro: «¿Quién va?».

«Paso al Gobierno provisional de la República».

Frase más o menos así, quizá más hueca, quizá más tímida. Pero la verdad es que, asombrosamente, esa puerta se abre y unos guardias de Seguridad, unos guardias civiles, dejan paso saludando militarmente. Miguel Maura, el más teatral del grupo, se siente a sus an-



Don Niceto Alcalá Zamora deposita su voto el 12 de abril. Aún preside el colegio electoral la efigie de Alfonso XIII, al que, dos días más tarde, ha de sustituir como Presidente de la República.

chas. Ahora, desde el balcón, habla a la multitud reunida en la Puerta del Sol:

«Pueblo de Madrid. Permaneced vigilante mientras el Rey esté en palacio. El pueblo, con su ciudadanía, le ha desarmado. Seguid con orden y entusiasmo como hasta

ahora, pero vigilante mientras esté en España la representación del régimen caído. Y ahora, calma, entusiasmo y a trabajar. ¡Viva España! ¡Viva la República!».

«¡VIVA España!». En estos momentos, en Barcelona, el «¡Viva España!» está condicionado. Maciá afirma: «Ciudadanos. En nombre del pueblo de Cataluña, yo proclamo desde aquí el Estado catalán y proclamo la República de Cataluña, y solemnemente os digo que, con todo amor, vayamos a la federación de las demás Repúblicas de España. Ahora aquí formamos el Gobierno de la República catalana y aquí está dispuesto a defender nuestro ideal hasta morir».

Asombro y consternación en los medios republicanos de Madrid, en el Gobierno provisional. Eso no es lo que se había pactado en San Sebastián; ¿o sí?... Era un pacto tan comentado como impreciso. Los catalanistas ofrecían su apoyo a las demás fuerzas republicanas de toda España a cambio de obtener sus libertades. ¿Cuándo? En el momento de proclamarse la República, según Maciá y Estat Catala. En el momento en que votaran las Cortes el Estatuto, según Alcalá Zamora y el resto del Gobierno provisional.

¡La primera crisis de la República que nace ahora! La reacción del Gobierno recién nombrado será mandar, nada menos, que a tres ministros a parlamentar con Maciá, dos catalanes —D'Oliver y Domingo— y Fernando de los Ríos. Ante sus súplicas, el jefe catalán decide «privarnos por breve interinidad de una parte de aquella soberanía a que tenemos derecho». (28 de abril.)

«CIUDADANOS: Al gritar "¡Viva la República!" no olvidéis que gritas: "¡Viva España!"». El «Heraldo de Madrid» hace una aclaración en recuadro que no servirá de nada. Porque los gritos y los vivas, por generales que sean, acostumbra a adoptar una línea de acuerdo con los voceros que los utilizan. El «¡Viva España!» durante todo el tiempo republicano no conseguirá ser un complemento del «¡Viva la República!», sino su opuesto.

HAY polémica en la primacía de proclamar la República. Parece que la primera población de España en declarar caducado el antiguo régimen fue Eibar. La primera bandera republicana de Ma-



La típica «estirada» de Ricardo Zamora, en pleno apogeo.

drid apareció en el Palacio de Comunicaciones a las tres y media de la tarde.

La prensa compara actitudes de personalidades del antiguo régimen ante el cambio. Sánchez-Guerra, el hombre que en febrero advirtió que él no era republicano, pero «reconozco el derecho que España tiene de serlo si quiere», contesta a los periodistas: «Hoy me siento más monárquico que nunca. No soy yo de los que corren en socorro del vencedor». Santiago Alba, por su parte: «Pues que España así lo quiere, vayamos a la República. Pensemos en España, sólo en España».

La República, como es lógico, desconcierta a la derecha constitucional representada por «ABC», pero no a la extrema derecha como «El Siglo Futuro», que afirma: «Por bien empleadas podrían darse estas derrotas si con sus latigazos acabarían de romper para siempre el sueño o la venda que a tantos y tantos impide ver que si el camino de la ruina son estas libertades constitucionales que facultan el envenenamiento de la ignora mayoría, el camino de la salvación es el opuesto» (12 de abril.)

PUESTOS a hacer retórica, Arquistain, desde el otro lado de la barricada, proclama que «hay que enterrar a la "faraónica" Monarquía en la pétrea tumba de El Escorial. Sobre sus ruinas hay que erigir un gran Estado, indestructible y elástico, firme como un monolito y flexible como el acero, sólido como un gigante y vitalmente varío como un niño». Lo que quizá es pedir mucho. «El Socialista» (15 de abril.)

NOMBRES famosos en los cines. «Charlot», con «Las luces de la ciudad»; Lupe Vélez, con «Resurrección», versión de la obra de Tolstói. «Sous les toits de Paris» nos trae al primer René Clair. La guerra en el aire está representada por «La escuadrilla del amanecer», producción americana.

CON la llegada de la República, dos temores: Su posible reforma agraria, su posible persecución religiosa. Fernando de los Ríos habla al nuncio:

«La condición del catolicismo en España no será distinta de la que se observa en los demás países donde está establecida la libertad de cultos. Creo que la Iglesia acatará la plena voluntad nacional,



A Domingo Ortega, la revelación del año, le coge un toro en Barcelona.

pero si alguna autoridad eclesiástica mostrara su desagrado, puede dimitir. El Gobierno quiere que los párrocos y la Iglesia se entreguen a su función evangélica, prescindiendo de toda política... No vamos nosotros a hacer política demagógica, sino de respeto por todas las religiones y todas las creencias, pero no de respeto a la irrespetuosidad.

«El nuncio —termina el nuevo ministro— me dijo que ése era el parecer de Roma».

El nuncio era monseñor Tedeschini, y su política, de mano tendida al nuevo régimen, era la que siguió «El Debate»: «La República es la forma de gobierno establecido, "de hecho", en nuestro país. En consecuencia, nuestro deber es acatarla». (15 de abril.)

Pero el 1 de mayo aparecerá la pastoral nostálgica del cardinal Segura y la reacción gubernamental; el 10 de mayo habrá quema de conventos. La escisión entre República e Iglesia católica irá profundizándose con los años a pesar de unos católicos que se llaman Alcalá Zamora, Maura, Ossorio y Gallardo. A pesar de un católico que se llama Gil Robles.

RAQUEL Meller es monárquica; Margarita Xirgu, republicana. En estos días de abril la Xirgu re-

presenta una comedia de Benavente: «De muy buena familia». Los teatros empiezan generalmente a las siete menos cuarto por la tarde, a los once menos cuarto por la noche, cuando no hay tres funciones. En el género frívolo triunfan Mercedes Serros «La Yenkee» y Laura Pinillos. El caricato de moda es Ramper, del que cuentan y no acaban de las sanciones que le impuso la Dictadura por sus alusiones políticas. Una típica: Salía el cómico a escena, desplegaba el periódico «La Nación», órgano de Primo de Rivera, y se ponía tranquilamente a leer. Tras diez minutos empezaba el escándalo lógico del público abandonado. Ramper se acercaba a la batería: «La protesta es general, pero "La Nación" —mostraba el periódico— está conmigo». Telón y multa.

EN Madrid se alquilan cuartos de veinte a cuarenta duros, algunos con ascensor, todos con cinco o seis habitaciones. Un sueldo corriente son trescientas pesetas. Un despacho español vale quinientas pesetas, un despacho jacobino, ochocientas. Un sueldo de mil pesetas es ya para lo que hoy llamáramos «ejecutivo». ■ F. D.-P.



LA ESCUADRILLA DEL AMANECER

POR
RICHARD BARTHELMESS
Y
DOUGLAS FAIRBANKS (JR.)

UN DRAMA PARA LOS ESPÍRITUS
FUERTES. QUE AMEN LA EMOCION
INTENSA. ESCALOFRIANTE. IMBORRABLE

PALACIO DE LA MUSICA

(EMPRESA S. A. G. E.)

**MAÑANA
ESTRENO**

Selecciones
C I N A E S

Anuncio de «La escuadrilla del amanecer», película que simboliza la guerra en el aire.